

Reflexiones sobre Venezuela y su Contorno

II

ANGLOFILIA POLITICA E INGENUA

¿Pensaría alguna vez el Libertador en independizar a Trinidad?. Esta pregunta, en apariencia caprichosa, envuelve un problema interesante. Sabemos en efecto que Bolívar proyectó llevar sus armas libertadoras a Cuba y otras Antillas. Más aún, que pensó en la independencia de las islas Canarias. Pero si sus aspiraciones iban tan lejos, ¿no se le ocurriría completar su gesta con la independencia de Trinidad?.

La pregunta no es caprichosa. Trinidad, aunque en el momento de nuestra Independencia figuraba entre las colonias inglesas, estaba íntimamente vinculada a la nacionalidad venezolana por exigencias geográficas y por razones históricas. Había sido española —y por tanto venezolana— desde su descubrimiento por Colón en 1498 hasta el 17 de febrero de 1797, fecha del desembarco en Puerto de España de las tropas del General Abercromby. Si recordamos que en ese mismo año se descubrió la conspiración de Gual y España, primer conato realmente independentista de Venezuela, caemos en la cuenta de que Trinidad experimentó el mismo proceso de maduración política que las provincias llamadas a constituir la nación venezolana. En realidad la isla junto con Guayana figura entre las provincias que pasaron a integrar la Capitanía General de Venezuela por disposición de la Real Cédula del 8 de septiembre de 1777. Si prescindimos del corto lapso que media entre 1797 —año de la ocupación inglesa— y 1810, comienzos de nuestra emancipación, bien podemos afirmar que Trinidad no se separó ni un momento del resto de las provincias en su proceso de integración que partiendo del mosaico de naciones aborígenes terminó en la unidad nacional.

Pero no sólo fué Trinidad parte integrante del cuerpo de nuestra república en formación, sino que desde un principio se le atribuyó la importancia que se merecía como pieza clave en el dispositivo estratégico del Oriente. Aunque parezca extraño, desde fecha muy temprana comprendieron los españoles que sin la base de Trinidad no podían ni conquistar ni poblar la hoya del Orinoco. En 1532 se expresaba el conquistador Gerónimo de Ortal: "Una cosa conviene mucho y es que para que esté pacífica y bien poblada Paria, que es buena cosa como digo, halo de estar la Trinidad". Esas frases son apenas un balbuceo de la convicción que posteriormente tendrán los españoles sobre el papel que le correspondía desempeñar a Trinidad en la integración de nuestro territorio. En 1574-75 acusan los españoles una seria preocupación sobre las consecuencias que se derivarían para la seguridad del Oriente si Trinidad caía en manos de los extranjeros. En efecto la Relación de Sánchez de Sotomayor, que creemos fué escrita hacia aquellos años, aunque no fué presentada a la Audiencia de Santo Domingo hasta 1578, sintetiza esas inquietudes en conquistar ni poblar la Guayana, ya que estas conclusiones:

1—Sin Trinidad no se podrá conquistar ni poblar la Guayana, ya que resulta imposible intentarlo desde Cumaná porque habría que atravesar un territorio dominado por indios rebeldes.

2—Desde Trinidad interrumpirían los extranjeros el comercio tradicional existente entre los indios del Orinoco y los pobladores de Cumaná y Margarita.

3—Por último desde Trinidad amenazarían las actividades pesqueras de los margariteños e incluso, aprovechando los vientos podrían correrse por toda la costa continental hasta Cartagena.

Era pues muy clara la conciencia que habían adquirido los españoles de la importancia que Trinidad tenía para la defensa y poblamiento del Oriente. Cuando Don Antonio de Berrío, bajó en su última jornada de 1590-91 desde los llanos colombianos del Casanare hasta Margarita, llevaba ya la misma persuasión de que sin Trinidad sus intentos por poblar a Guayana resultarían estériles. Por esta razón decidió la fundación de San José de Oruña (1592), ciudad que con su puerto, llamado ya en el siglo XVI Puerto España, se convirtió en el centro de la colonización de la isla.

Los siglos posteriores, con los diversos intentos de los piratas por apoderarse de la isla, vinieron a confirmar esta elemental concepción geopolítica: Sin Trinidad no se podía concebir la defensa y colonización del Oriente.

Volviendo, pues, a nuestra pregunta inicial, sin duda que Bolívar comprendía que estaba expuesta a graves riesgos la integridad del territorio nacional mientras permanecieran los ingleses en Trinidad y por lo tanto dominando la llave del Orinoco, espina dorsal del sistema defensivo y de la colonización del Oriente. Al contemplar el perfil costero de Venezuela, no se le podía pasar inadvertido el hecho de que desde Trinidad hasta Coro, las posesiones extranjeras, muy próximas a nuestras costas, podían representar en el futuro una constante amenaza. Trinidad y Tobago por una parte y la trilogía holandesa de las islas de Curazao, Aruba y Bonaire por la otra, viene a ser como gigantescos navíos flotantes con las baterías fijas en la costa venezolana. A buen seguro que al Libertador no se le escapó que esas islas podrían servir en el futuro de madrigueras para la conspiración anti-venezolana de todos los tráfugas. ¿No cruzaría alguna vez por su mente la idea de emanciparlas para completar así su obra cumplida en Venezuela? ¿Cómo pudo serle indiferente el régimen colonial de esas islas cuando le quemaban el alma los proyectos emancipadores del Continente? ¿Pudo considerar definitivamente perdida a Trinidad si años más tarde un grupo de venezolanos encabezados por André Eusebio Level llegó a planear seriamente su reconquista?

Lamentablemente no podemos dar una respuesta satisfactoria a estos interrogantes. La copiosa correspondencia del Libertador no registra ni un solo atisbo de preocupación por una posible empresa emancipadora en favor de Trinidad, o de la trilogía de islas detentadas por Holanda. Por una de tantas contradicciones de la historia nuestra causa emancipadora contaba con el apoyo de las colonias extranjeras. El Libertador estaba convencido de que no podía enfrentarse a Inglaterra. Más aún, pensaba que la alianza y confederación con la Gran Bretaña era la única garantía que quedaba a nuestros países para conservar su libertad e independencia. Esta anglofilia del Libertador, anglofilia política y cautelosa, quizás explique su

silencio sobre una posible emancipación de Trinidad.

La omnipotente sublunaria

En carta a su amigo Mariano Sarra-tea, escribía el Libertador desde Arequipa el 29 de mayo de 1825: "Por mi parte no temo más que a Inglaterra, y no tengo sobre la tierra otro temor, porque ella es la omnipotente sublunaria". Esta convicción de la irresistible prepotencia inglesa arroja alguna luz sobre algunos aspectos de la anglofilia del Libertador. El no podía olvidar que la actitud de Inglaterra respecto de la Independencia no había sido uniforme, sino que había variado de acuerdo con sus intereses circunstanciales y sus transitorios compromisos. Por lo tanto la raíz de su anglofilia no habrá que buscarla propiamente en el corazón sino en el cerebro.

Bolívar estaba obsesionado por los peligros que amenazaban a las jóvenes repúblicas. Aun la confederación de las naciones americanas que proyectó como recurso para preservar la libertad alcanzada, no ofrecía a su juicio garantías de seguridad si no se enlazaba con la Gran Bretaña: "nuestra federación americana —escribe a Santander el 28 de junio de 1825— no puede subsistir si no la toma bajo de su protección la Inglaterra; por lo mismo no sé si sería muy conveniente si la convidásemos a una alianza defensiva y ofensiva. Esta alianza no tiene más que un inconveniente, y es el de los compromisos en que nos puede meter la política inglesa; pero este inconveniente es eventual y quizás remoto. Yo le opongo a este inconveniente esta reflexión: la existencia es el primer bien; y el segundo es el modo de existir; si nos ligamos a Inglaterra existiremos, y si no nos ligamos nos perderemos infaliblemente".

Citas como éstas se encuentran puños en la correspondencia de Bolívar. No se trata de una anglofilia sentimental, sino política, cerebral: Toda la América junta no vale a una armada británica; toda la Santa Alianza no puede contrarrestar a la fuerza compuesta de sus principios liberales con sus inmensos tesoros; medios empleados por una política sagaz e invencible que todo lo que intenta logra" (A Santander, Cuzco 10 jul. 1825). A veces da la impresión de que se le va la mano al ponderar las ventajas que se seguirían si Gran Bretaña se pusiera a la cabeza de la confederación de naciones americanas que había de surgir del Congreso de Panamá: "La Alianza con

la Gran Bretaña es una victoria en política más grande que la de Ayacucho, y si la realizamos diga Vd. que nuestra dicha es eterna... yo estoy enajenado de gusto y contento al sólo pensar que podemos unir nuestro interés y nuestra política a la de la Gran Bretaña (A Sucre, Oruro 23 en. 1826). No se le escapan los riesgos a que estará expuesta la independencia política de una confederación de naciones encabezada por la omnipotente sublunaria, pero con sano juicio político asegura a renglón seguido: "nacer y robustecer es lo primero; lo demás viene después. En la infancia necesitamos apoyo, que en la virilidad sabremos defendernos" (A Revenga, Magdalena 17 de feb. 1826).

Un juicio semejante pero con acento más pesimista había expresado años antes a Don Bernardo Monteagudo: "Luego que la Inglaterra se ponga a la cabeza de esta liga seremos sus humildes servidores, porque formado una vez el pacto con el fuerte, ya es eterna la obligación del débil. Todo bien considerado, tendremos tutores en la juventud, amos en la madurez, y en la vejez seremos libertos..." (Guayaquil 5 de agosto 1823).

En una u otra forma la aparente anglofilia del Libertador gira en torno al mismo tema de la necesidad de asegurar la pervivencia de las naciones recientemente libertadas. Convencido como estaba de la invencible prepotencia británica, parece obvio que como político no pensara en una posible emancipación de Trinidad, por más que como gobernante y como sociólogo tenía que comprender que la nacionalidad venezolana quedaría expuesta a futuros riesgos, mientras una potencia extranjera dominara la llave del Orinoco espina dorsal del territorio patrio. La anglofilia de Libertador no era ni sentimental ni bobalicona. Era una anglofilia política y precavida. Sin embargo no hemos encontrado en la correspondencia del Libertador, en la privada, en la que se transparenta el hombre y el venezolano, no el estadista, nisiquiera una alusión a esta concepción elemental de que la integridad de nuestro territorio no queda asegurada, mientras sigan ancladas como navíos de tierra junto a las costas venezolanas, Trinidad y Tobago, Curazao, Aruba y Bonaire, empenachadas de banderas extranjeras. Quizás tendremos que esperar a que haga crisis la anglofilia en Venezuela, para que esta conciencia penetre en nuestros hombres públicos.

Anglofilia peligrosa

La ayuda económica y política prestada por el gobierno inglés a la causa de la Independencia y la participación directa de los hombres de la Legión Británica contribuyeron a la formación de un peligroso sentimiento pro-británico en los venezolanos. Si uno fuera a juzgar del pueblo Venezolano por lo que dicen sus dirigentes en la década 1840-1850, parecía que la formación "patética" de nuestra nacionalidad en lucha secular contra los extranjeros había dejado en la conciencia del pueblo una huella muy superficial. Soublette y Páez son dos expresiones características de una anglofilia ingenua, falta de perspicacia para entender que los intereses de Gran Bretaña tarde o temprano entrarían en conflicto con los de Venezuela, y que en ese caso no se podía esperar de la gran potencia un trato diferente del impartido a otras naciones pequeñas. Así p.e. en el conflicto de límites entre la Guayana Británica y Venezuela, iniciado con la violación del territorio Amacuro-Barima por la expedición de Schomburgk (1841), tanto Páez como Soublette confiaron demasiado en las buenas intenciones del gobierno británico. Su anglofilia no les permitía ver que la violación de nuestro territorio, a la boca misma del Orinoco, obedecía a la vieja política británica tendiente a asegurarse el dominio de la navegación del más importante río del Norte de Sudamérica. Esta ceguera explica que Soublette siendo Presidente de la República en cartas a Lord Aberdeen y a su Ministro en Caracas Daniel F. O'Leary, minimizara la importancia de las tierras bañadas por el Barima y el Amacuro, como si importaran poca cosa a Venezuela, mientras que los ingleses consideraban indispensable el dominio de esos dos ríos para asegurarse la navegación del Orinoco (Cartas del 24 y 30 de marzo de 1843).

La anglofilia no debió haber embotado el olfato político de nuestros dirigentes, pues desde los intentos de Ráleigh (1595-1617) hasta la conquista de Trinidad en 1797, y aun en los primeros años del siglo XIX, Inglaterra persistía en tener en su puño con el dominio del Orinoco, el comercio y la política del Norte de Sudamérica. Cuando Sir Arthur Wellesley futuro Duque de Wellington propuso en 1807 su plan para la conquista de las provincias de Caracas y Guayana, no dejó de manifestar que en su opinión esta posesión de Tie-

rra Firme había de ser en el futuro "la colonia más valiosa" que Gran Bretaña o cualquier otra nación podían poseer.

La fecha de este proyecto de Wellesley coincide con la publicación en Londres del libro de Bollingkroke "A Voyage to the Demerary" donde se sugería la conveniencia de utilizar a Miranda y a los católicos irlandeses para la conquista del Orinoco y su incorporación a la Guayana Británica. Pues bien comentando el proyecto de Wellesley, consultaba Lord Holland a Lord Grenville.

"Volviendo a la fuerza ¿ha pensado Ud. en la posibilidad de levantar en cualquier circunstancia regimientos católicos en Irlanda para determinadas misiones? Semejante fuerza, aparte de las incalculables ventajas de la leva misma, sería muy apropiada para una empresa de esta naturaleza en esa parte del mundo".

La sugerencia no cayó en saco roto. Tratándose de la conquista de una provincia por católicos, y conociendo los ingleses que el mayor obstáculo a la penetración imperialista protestante era la conciencia católica de nuestros pueblos, no se les podía ocurrir otro medio mejor para mellar esa resistencia que organizar el ejército con católicos irlandeses. Por eso Grenville se apresuró a ordenar a W. Elliot que comenzara a pensar en la recluta de irlandeses, lo cual por otra parte contribuiría a aliviar a la isla de su exceso de población. En parecidos términos escribió al Duque de Bedford en Irlanda sugiriéndole que a falta de católicos capaces de ese país, completara el número con católicos ingleses a quienes se halagaría con la formal promesa de concederles en Sud América la libertad para la práctica de su fé.

Naturalmente que estos proyectos ingleses se frustraron por que nuestros próceres y nuestros pueblos, si padecieron de algunas veleidades filobritánicas, nunca en el peor de los ca-

sos, se mostraron dispuestos a acceder a las apetencias de Gran Bretaña. Sin embargo hay un aspecto interesante en la anglofilia de nuestros próceres. Me refiero al alto aprecio que les mereció la llamada "tolerancia" de los ingleses. ¿Cómo es posible que consideraran tolerante a un Gobierno que seguía persiguiendo al catolicismo irlandés y aplastando sus conatos por la Independencia? ¿Es que acaso no llegaban a nuestros pueblos noticias de esa persecución e intolerancia?

Bollingbroke, quien no deja de registrar el mal efecto que había producido en Sudamérica la intolerancia de los protestantes de la isla de Grenada al destruir las iglesias católicas, nos asegura que el clero sí estaba informado de la intolerancia que el Gobierno Inglés mantenía con los irlandeses: "Las repetidas negativas del Parlamento, a conceder la emancipación de Irlanda, y la indignación declamatoria (!) de los amigos de los católicos, son los hechos principales que llegan al clero papista de Sudamérica".

Es muy probable que los próceres tuvieran menos sensibilidad que el clero respecto de la intolerancia británica en Irlanda. Penetrados de un racionalismo más o menos concentrado parecían de una especie de esclerosis para advertir los brotes de intolerancia protestante. Participaban en gran parte de la perspectiva histórica trazada por el Protestantismo y completada por la Enciclopedia que presentaba a Felipe II como un demonio y a Isabel de Inglaterra como un ángel. Difícilmente podemos hacernos una idea, siquiera sea aproximada, del impacto que la persecución a los católicos irlandeses producía en nuestros próceres vezolanos.

Sirvan estas líneas al menos como invitación al estudio de este aspecto de la anglofilia, fenómeno que aún nos merecerá otras reflexiones.

PABLO OJER, S. J.